

“El cuerpo debe y puede hablar distinto y está en movimiento constante”

Conversación de Brigitte Baptiste con Carlos Vásquez

Diálogos es el nombre del programa radial que realiza y conduce Carlos Vásquez y que cada domingo, a las 10 de la mañana, transmite la Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia en los 101.9 de la FM (a las 3:00 de la tarde en el Sistema de Radio Educativa y en los 1410 AM). En *Diálogos*, Brigitte Baptiste conversó con Carlos Vásquez. Aquí, gracias a la generosidad de los dialogantes y de la Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia, un fragmento de esa conversación:

Los sonidos de las ballenas: “En el fondo, me avergüenza escuchar esos pacíficos sonidos emitidos por criaturas que no pueden defenderse de nosotros. No solo nos hemos apropiado, como lo hacemos con todo, de sus cuerpos, sino también de lo que sienten unas por otras. Pero, en justo castigo, no podemos entenderlas. Renuncio a seguir adentrándome en ellas, desisto. Mi compasión por ellas está envenenada, seguirán siendo botín”. *En estas palabras del pensador Elías Canetti está recogida mi bienvenida a la doctora Brigitte Baptiste, directora del Instituto Humboldt, a quien saludo e invito a que conversemos.*

Doctor Vásquez, un placer estar aquí, más aun, recibida con esas palabras tan especiales.

Entonces quiero invitarla, Brigitte a que hablemos de los animales en su vida, de los encuentros con los animales, de las oportunidades de desarrollar relaciones de compasión con los animales, de amistad con ellos. Brigitte Baptiste y sus animales.

Que sorpresa tan grata, porque en el cargo que estoy ahora y después de muchos años de hacer biología, extraño esa presencia, extraño muchísimo la posibilidad de conversar

con los animales como me enseñaron en casa desde muy pequeña, y esas visitas largas a los hormigueros en el campo para tratar de entender quién era quién, qué estaban haciendo, esa búsqueda de mirar en los ojos del pez nadando... hacia dónde va, qué está viviendo, qué está sintiendo. Y luego, a lo largo de toda mi vida, en los distintos sitios de Colombia, la oportunidad de tratar de acercarse siempre a esa vida tan magnífica, pero también tan poco reconocida que tenemos en el país. Yo siempre trato de hablar con los animales, dicen que como San Francisco, y por supuesto que después de un tiempo uno cree que sí puede... ojalá sucediera, pero sí encuentro en las visitas de los colibríes a la oficina, o ayer cuando estuve en el Jardín Botánico, o en el jardín de las orquídeas en la Universidad del Tolima donde había bandadas de colibríes en bebederos y toda la gente quería, amablemente, mostrarme que los colibríes habían salido a saludar. Y cuando viajo a todas partes siempre hay un animal con el que me entiendo particularmente y eso me reconforta mucho.

[...]

Brigitte es científica. Lo digo porque se dedica a algo que yo califico de extraordinario, que es pensar, cultivar y cuidar en la conciencia de sus conciudadanos el ambiente; la sola palabra “ambiente”, que es tan inspiradora, ¿qué es para usted? Fui al diccionario y me encontré que el ambiente es el espacio de gratitud de los cuerpos, el espacio en que los cuerpos nos envolvemos, nos encontramos, nos desencontramos, eventualmente, pero es un espacio siempre por hacer, por crear, por enriquecer o por maltratar.

Cuando comencé a hacer ciencia del ambiente, el ambiente era lo que quedaba afuera, era sobre lo que uno ejercía acción y lo que se debería controlar y por eso había problemas ambientales que se podían objetivar y tratar de resolver con el método científico. Con el tiempo, con lo que uno entiende leyendo a los buenos ecólogos, los que generaron la disciplina, los y las naturalistas, [uno entiende que] somos parte de un tejido, el ambiente es un tejido en constante crecimiento, en cambio, en movimiento, y se está transformando por la acción de los cuerpos, y eso remite muchísimo a la sensualidad de la vida. El profesor Enrique Leff, en México, en sus últimos escritos, llama a recuperar el placer y el goce de la vida como el reconocimiento de que los unos somos el ambiente de los otros y nos entregamos o recibimos para perpetuar ese tejido de la vida del cual participamos. Hoy en día, ni existe el medio ambiente, ni el ambiente como objeto o cosa, sino una profunda reflexión que nos obliga a situarnos, [a preguntarnos]: en qué parte del tejido estoy, dónde estoy contribuyendo a que crezcan cosas, se mantenga la vida y dónde no, qué hilos estoy halando para eventualmente descoser esa trama de la vida de la cual dependo y a la cual contribuyo con mi propio goce vital.

No hay ambiente que sea natural, como si todo ambiente estuviera colonizado por la cultura, aun aquellos que llamamos los ambientes naturales o los espacios naturales. Quiero preguntarle por esa colonización de los ambientes en su vida; por ejemplo en su infancia, en la juventud, qué ambiente ha encontrado, en qué ambiente ha abierto usted espacios de hospitalidad para otras personas, qué ambientes le han sido negados. Educación y ambiente.

Yo crecí en Bogotá y estudié en un colegio que quedaba lejos de la ciudad, un colegio campesino. La diversión los fines de semana era salir a caminar por la sabana de Bogotá. Con mi abuela íbamos al norte a comer almojábanas, muy rolos. Recuerdo esas praderas tan lindas, con

sus vacas Holstein, sus eucaliptos, sus pastos verdes, y con el tiempo me di cuenta de que ese era un paisaje francés. Mi familia paterna proviene de Francia y todo estaba acomodado para ser entendido como una campiña lechera francesa o suiza. El colegio donde estudiaba es de origen franco-suizo, y la construcción de los paisajes estaba bien en ese sentido, porque la sabana de Bogotá se hizo así entre finales del siglo XIX y principios del XX, digamos que toda esa cultura lechera y esa transformación del paisaje. Esa es la primera gran colonia ante la cual me descubro años después tratando de entender la inundación, el humedal, las zanjas o los vallados, que eran muiscas en la sabana, y la aparición de los sapos, los cangrejos, de un mundo completamente dominado por la sequía y que todavía subyace y está presente; y hoy en día, cada vez que leo un paisaje tengo que acudir a esa construcción simbólica y a esa historia en la cual unas manos y unas mentes le impusieron una lectura de afuera a algo que percibían desordenado, inapropiado, inculto, incompleto, y generaron en mí la pasión por el paisaje. Estaba mirando el cuadro que usted tiene en la oficina y [pensé en] los grandes paisajistas antioqueños que han sido tan generosos con su lectura del paisaje, pero también con un ojo cultural muy particular de la lucha contra el bosque, de la lucha por la civilización productiva para poder desarrollarse, crecer y prosperar. Cómo entender ese vínculo en plazos de tiempo más largos a través de las generaciones, la llegada de las tecnologías, de las ideas, y pues acabé haciendo historia ambiental, historia de los ecosistemas, historia de las culturas asociadas con los ecosistemas, que es realmente lo que más me gusta.

Hay un campo fascinante para mí en lo que usted acaba de señalar: que el ambiente tenga historias, que la naturaleza sea cultura y que a veces esa división tan indeseable entre naturaleza y cultura ponga más obstáculos que [suscitar] algo incitante. Quiero preguntarle, ¿cómo llega a ser bióloga desde esa experiencia? Usted ahora dijo 'recuperar

la sensualidad de la vida', ¿se puede ser bióloga y profesar esa fe en la sensualidad de la vida o son dos términos que tienen conflicto?

Depende en qué momento y de qué manera uno entre en la biología, son como brincos que uno da en la vida. Yo viajé mucho por Colombia de la mano de mis papás, acampando, disfrutando las quebradas, disfrutando días largos en silencio conmigo misma y siempre me gustó salir a caminar sola por las montañas, incluso para gran preocupación de mis padres en algún momento de la vida, y ahí encontré una fuente de diálogo y de paz conmigo muy importante, pero también la posibilidad de tocar y ser tocada por las plantas, incluso sin detallar en el conocimiento objetivo de la separación y la categoría de las cosas. A veces nos dicen que para gozar la naturaleza hay que saber el nombre científico, o al menos tener la capacidad de percibir la diferencia, y esta se percibe, pero no necesariamente se categoriza bajo un solo parámetro. Cuando estudié biología encontré compañeros ornitólogos, compañeras botánicas que gozaban muchísimo con su estudio, se convertían paulatinamente en expertas en sus áreas de pasión y con las que debatíamos ese problema de la necesidad de nombrar, de reducir a la descripción como el mecanismo para establecer una relación. En el devenir como bióloga hubo una resistencia muy grande al principio; de hecho, nunca me imaginé siendo Bióloga, la biología en el colegio era hacer insectarios; es decir, pinchar animalitos en icopor, aprender infinitamente de memoria nombres de la anatomía; era una actividad muy ingrata, muy anti-vital, y por eso empecé a estudiar arquitectura, con el ánimo de pensar en la creación, en el hábitat, siempre pensando en que podíamos vivir mejor en un país tan hermoso, en cómo invitar a toda esa naturaleza tan maravillosa a ser parte de nuestras vidas. Yo crecí en un apartamento. Salir al campo, salir a caminar era el sueño permanente. ¡Cómo no podemos vivir bien o vivir mejor! Yo no tenía una tradición de familia rural, porque mis abuelos fueron comerciantes

por ambos lados. En arquitectura resultó que no tenía ningún talento. Empecé a oír la ecología como una invitación a entender las relaciones entre los seres vivos, como la búsqueda de una convivencia distinta, que se parecía a la pregunta original de crear una naturaleza más cercana, pero la ecología no tenía ningún programa y duré mucho tiempo volteando, hasta que me dijeron que era necesario estudiar biología. Dije: "no puede ser que ahora, para hablar de la vida, tenga que sacrificar la vida"... Afortunadamente decidí que sí, porque había cursos de ecología en el programa que me ofrecieron en la Javeriana. Me dijeron que ese era uno de los nortes de la disciplina, y entonces dije: "bueno, disfrutaré de la química, la física, la matemática, que me gustan, y cuando llegue el momento de pinchar insectos y matar sapos veré que hago",... y siempre me escapé de esas actividades, siempre los sapos se escapaban, los insectos eran los que uno encontraba muertos en el monte, por lo cual mis notas eran demasiado malas, pero cuando llegué a la ecología había pasado por las manos de unos pedagogos maravillosos que pensaban en la evolución, realmente en la trama de la vida y me enamoré de la biología por completo. Entendí que a veces hay que hacer sacrificios en la investigación para dar un paso adelante. Me cuesta muchísimo todavía reconocer el valor de las colecciones biológicas, del laboratorio, prefiero siempre evitarlo, y en mi tesis de grado cuando llegó el momento de hacer algo por ecología, opté por la pesca, porque es una actividad en la cual la interacción de la fauna y los animales se establece sobre una necesidad de supervivencia, y viajé al Amazonas al río Caquetá a trabajar la ecología de la pesca en esa región. Lo que yo pescaba era mi sustento también, y eso le daba una justificación a mi propia preocupación por el conocimiento en relación con la supervivencia de los peces, el futuro de los peces y las personas asociadas con los peces. Ahí esa perspectiva de la ciencia volvió a ampliarse y entendí que la ciencia sigue siendo apasionada, sigue estando llena de belleza y sigue siendo capaz

de revelar la complejidad del mundo sin necesidad de acudir a las taxonomías y a los reduccionismos.

[...]

Viene usted a hablarnos a nuestra Universidad de sexualidad, y hay esta idea desarrollada de la supervivencia, del riesgo de no sobrevivir. Solemos entender la sexualidad como un gesto de reproducción, lo cual a mi ver la hace problemática en el sentido de una visión reductiva. Siento más la sexualidad en el sentido de la inmensa responsabilidad de la supervivencia, que lleva consigo el gozo, la sensualidad y la plenitud, y entonces quiero que hablemos en este sentido de la ambientalista, ecóloga y ser humano, de eso de vivir en un cuerpo no para sobrevivir solamente, sino para viajar en el cuerpo, entender que entre los cuerpos lo que hay es fluido, movimiento, y que los cuerpos se deshacen, se rehacen y se reinventan todo el tiempo en el ambiente.

En todas las historias primigenias de lo humano éramos animales y fuimos mezclas con los animales. Fuimos gente jaguar, gente murciélago, había peces gente, había un diálogo, que hoy en día consideramos míticos, con las formas de vida, y la gente transitaba a través de otras formas y otros cuerpos con el yagé, con el yopo, con la meditación y con la palabra, porque para entender la selva hay que recorrerla como la recorre el venado, como el río la anaconda. Este es un ejercicio absolutamente sensual, que implica imaginarse la oscuridad de la charca, escuchar de otra manera los sapos cantando cuando llueve, y así sucesivamente... el cuerpo era mucho más plástico o lo sigue siendo en la narración de la literatura, del mito,



© Juan Pablo Echeverri. Caritas, 2013

y nos convoca a una reconexión permanente. ¿Por qué entonces ese cuerpo no podría recuperar unos mínimos puntos de contacto distintos con el mundo, empezando con el contacto con sus propios allegados, repensando el erotismo y redistribuyéndolo? Porque es realmente en la sexualidad y en las expresiones de afecto físico donde nos comunicamos todos con todos y de la manera más libre y responsable posible. Hoy voy a hablar un poco de eso, de cómo es que, en el mismo reino animal y vegetal, la comunicación toda es erótica, así sea a veces destructiva en el sentido del consumo, de la depredación, pero la mayoría de la veces y en contra de la visión, de la mala comprensión del darwinismo, es solidaria, es sinérgica, es simbiótica. El mundo funciona como un gran organismo comunicativo y esa comunicación es absolutamente exploratoria de los sentidos, está llena de olores, de señales químicas, que a mí me en-

cantaría percibir, y que me darían acceso a un universo realmente mágico. En mi cualidad humana, en mi cuerpo humano tengo esa misma expectativa, mi experiencia, mi crecimiento en una anatomía particular, pero además con una reglamentación, una disciplina para esa anatomía que desde muy pequeña sentí completamente asfixiante, que me obligó a pensarme de otra manera y a resolverme con el tiempo. Por eso hablo de una liberación erótica, en el sentido de que el cuerpo debe y puede hablar distinto y está en movimiento constante. Ya no tengo esa disciplina inscrita dentro de mí de la manera que probablemente la misma sociedad esperaba que sucediera. Entonces, todo el fenómeno de la transexualidad, el transgenerismo, la diversidad sexual, realmente apela a esa recuperación de las cualidades de relacionamiento entre las personas, mucho más rico de lo que en algún momento en la historia se pretendió reducir.

Elías Canetti reserva una palabra para designar lo esencial del humano y la vida, metamorfosis, una palabra que habla por sí sola. La vida se empobrece cuando el poder nos priva de hacer metamorfosis y de gobernarnos a nosotros mismos, y la libertad está signada por la capacidad del hombre de ser el artista de su metamorfosis. Los animales parecen ser mucho más sabios en eso que los hombres, y a duras penas, en decisiones particulares, recuperamos ese don. ¿Qué metamorfosis siente que son urgentes para lo humanos y sobre todo para los colombianos?

Reconocernos como país anfibio, de agua, humedad. Cuando he viajado por el mundo, encuentro que lo seco es el reino de lo terrestre donde la mayoría de países se debaten para sobrevivir, y Colombia es un país húmedo en toda su extensión, incluido en las zonas secas, pero todo el tiempo estamos luchando para secarnos. Estamos destruyendo los ríos, rellenando las ciénagas, luchando contra el pantano, y resulta que Colombia, más de la tercera parte de su territorio, está hecha de grandes planicies de inundación de ríos, de lagos, llenos de vida,

peces, calor; por algo llueve diez mil milímetros en regiones de la costa pacífica, por algo el uso de la ropa en muchas culturas es símbolo de la muerte porque se llena de hongos, nos enferma, es más fácil y más sano andar desnudos. Ser anfibio es exponer la piel a la humedad, convivir con la lluvia y ese ambiente. Por supuesto, para un habitante del desierto, para un castellano original, resultaba tan inconveniente. Colombia es un país anfibio, un país que, al menos por debajo de los mil metros, pero aun en el páramo, lo vive en la humedad de la atmósfera, de las turberas, de las lagunas: Vivimos en un país que no reconocemos como un país húmedo, donde deberíamos comportarnos más como ranas.

Este es el pensamiento de la mesa virtual que usted aceptó a que imagináramos juntos. Estoy conmovido con esa definición de Colombia, que es más una incitación, el país anfibio. Ni siquiera el hombre rana, sino la rana. El hombre que se metamorfosea efectivamente en rana, la inteligencia de la rana. Ahora tengo sus gestos, rasgos de su rostro. Yo tenía una imagen intelectual hasta hoy de usted. Tengo y estamos teniendo los que callan, para que nosotros hablemos, rasgos y palabras de su pensamiento, pero ahora le quiero preguntar por Brigitte, ¿por qué el nombre? ¿Qué significa para usted llamarse así? ¿Qué la hace sentir que nosotros le digamos y la invoquemos con ese nombre?, por ejemplo la voz de sus niñas o niños.

Al principio, Brigitte fue el símbolo más fuerte de feminidad que fui encontrando cuando quise darle nombre a lo que yo quería experimentar, digamos, hace unos quince o dieciséis años, cuando emprendí mi búsqueda de lo femenino en el cuerpo, cuando decidí reconocer mi sensibilidad femenina, que la tenía de toda la vida, pero difusa, oprimida, entristecida. Brigitte por Brigitte Bardot, realmente un tema completamente comunicativo, histórico, artístico, mediático y cultural en toda su expresión. Una imagen de una persona que a través del cine mostraba y promovía la liberación erótica de lo femenino,

la voluntad de transferirle al mundo ese reto. En muchas de las películas de la época, no solo ella, sino muchas actrices, conformaron un modelo de feminidad que pretendía ser revolucionario, que era construido desde lo masculino, indudablemente, pero que hablaba de otras posibilidades en la sexualidad, juguetonas, en el ejercicio de la comunicación y de la presencia pública, de manera que Brigitte para mí significa esa apropiación de una idea de feminidad y sexualidad muy enmarcada en una época, y dentro de un contexto muy preciso, pues seguramente hubiera sido muy distinto haber sido mexicana, o haber nacido en el Sudan u otra parte. Hoy en día sigue significando eso, sigo sintiéndome vestida por Brigitte, investida por ella desde adentro, de manera muy gozosa. Mi Brigitte me rompe la arrogancia de lo masculino con la que fui criada muchos años, de que el hombre tiene la razón y si no la tiene puede fingir que la tiene y si mantiene esa mentira vigente tarde o temprano la impondrá. Juega conmigo misma y me relativiza en todos los espacios en los que estoy, entonces, para mí representa un acto subversivo dentro de mí misma, incluso.

Esa respuesta a mi pregunta me colma. Brigitte es la primera mujer real que conozco, la primera mujer que siento que es real porque se inventa a sí misma, que es el sentido profundo de realidad, lo demás es lo que la cultura le inventa a uno para encerrar. En ese incesante movimiento de invención y reinención de cada cuerpo y cada persona, le quiero hacer mi pregunta última, porque el tiempo se transforma menos de lo que uno quisiera, se termina, y en cierto modo termina con todo, es el cuerpo, la vida, el ambiente. Quiero que me diga una palabra en relación a cada uno de estos sentidos: olfato, vista, oído, tacto. No incluyo el gusto porque le tengo miedo, porque es devorador, y en ese sentido mata. Preferiría que no habláramos de comer, sino de respirar, tocar, ver y oír. Cada uno de esos sentidos a qué lo asocia Brigitte Baptiste.

El olfato a la evocación, el sentido de lo más lento, porque para tener conciencia de lo que

huele, hay que detenerse completamente y cerrar todos los demás sentidos, por la sutileza, por las... no sé por dónde se mueve lo que uno huele en el cerebro, pero indudablemente lo retrae a uno a muchas cosas, entonces ante todo, para mí, símbolo de evocación. El tacto en mí es humedad, yo soy muy rana. Tacto es el río, nadar en la noche, sentirse cómoda en medio del aguacero, de la humedad de las plantas. A mí me parece tacto-agua la comunicación perfecta. Vista, peligrosa, yo diría que más, a veces, que el gusto. También es devoradora. La mirada es consumidora y depredadora y eso me dicen muchas personas, tal vez será por el mito del escorpión, uno consume mucho y depende mucho para sus placeres de la vista. No sé si la palabra vista y depredación sea demasiado fuerte, pero es lo que me ocurre en este momento como preventiva, le temo a ver tanto. Tal vez porque de pequeña tuve problemas de vista, y necesito ver tanto, por eso hago paisaje y, bueno... el oído es el placer de la soledad.

Soy Carlos Vásquez, ustedes tienen ahora la palabra.

Brigitte Luis Guillermo Baptiste es Bióloga de la Pontificia Universidad Javeriana, magíster en Conservación y desarrollo tropical de la Universidad de Florida y doctora en Economía ecológica y manejo de recursos naturales de la Universidad Autónoma de Barcelona. Actualmente se desempeña como directora del Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt.

Carlos Vásquez Tamayo es Filósofo, docente universitario, ensayista y poeta. Actualmente se desempeña como Vicerrector General de la Universidad de Antioquia. Algunos de sus libros son: *El oscuro alimento*, *El arte jovial*, *Agua tu sed*, *Método de dramatización acerca del tratado primero de la Genealogía de la moral*, *Aunque no te siga*, *La nada luminosa y Pequeña luz*.